

la ausencia ó por la muerte de un hijo, ó por la pérdida de bienes, guárdate de dejarte llevar de la apariencia hasta el punto de creer que él experimenta alguna desgracia por estas cosas exteriores, y haciendo en tu interior la debida diferencia, dí prontamente: « Lo que aflige á este no es la desgracia ocurrida, porque otros o se afligen por otras semejantes; lo que causa su dolor es la opinion que se forma de ellas. » Á pesar de esto tú no debes dejar de mostrar aflicción, al ménos con palabras, y si es menester llora con él, mas procura que no sea de co-razon.

23. Ten presente que estás representando la accion teatral que mejor le parece al director del teatro; esta será breve, cuando él quiera que sea breve, y larga cuando así lo determine; si él quiere que tú representes á un pobre, hazlo de buena voluntad, y lo mismo si has de hacer el papel de cojo, de príncipe ó de hombre privado. Á ti solo toca desempeñar bien el que te se confie; la eleccion pertenece á otro.

24. Si alguna vez un cuervo va graznando con agüero siniestro, no te dejes llevar de la imaginacion; pero está pronto á distinguir en tu interior las cosas y á decir lo siguiente: « Ninguno de estos presagios se refiere á mí, sino á mi mísero cuerpo, á mis mezquinos bienes, á mi poca gloria, á mis hijos, ó á mi mujer. En cuanto á mí, si se quiere, todo agüero es feliz, pues cualquier cosa que suceda, en mí está el sacar alguna ventaja de ella. »

25. Tú puedes ser invencible si no te expones á ningún combate, cuya victoria no esté en tu mano conseguir.

26. Cuando veas alguno que goza de grandes honores y poder, ó de otra distincion cualquiera, guárdate bien de tenerle por dichoso, dejándote llevar de las apariencias. Si el bien real consiste efectivamente en cosas que dependen de nosotros, no des lugar á la envidia, ni á los zelos: por esto no debes desear ser capitán, ni senador, ni cónsul, sino hombre libre. Ahora el único camino para llegar á esto es despreciar las cosas que no están á nuestro alcance.

27. Considera que la injuria no proviene de que á uno le desprecien ó hieran, sino de la opinion que se tiene de tales hechos como injuriosos. Si, pues, alguno te irrita, sabe que tu propia opinion es quien te ha irritado. En todas las cosas procura no dejarte llevar de la apariencia, y si te acostumbras á ganar tiempo y á usar de dilacion, mas fácilmente serás dueño de tí mismo.

28. Ten siempre presentes la muerte, el destierro y todas las cosas que parecen mas terribles, en especial la primera: así no te ocurrirá ningún pensamiento indigno de tí, ni desearás nada con ansia.

29. ¿Quieres acaso ser filósofo? Prepárate desde luego á ser objeto de la burla y hablillas del vulgo, que siempre estará diciendo: « Hé-

aquí un filósofo alegre, ¿ dónde está la severidad y el ceño? » Mas tú no hagas caso de esto, y prosigue haciendo lo que creas mas conveniente, como persona colocada en su puesto por el mismo Dios. Si estás firme en tu propósito, los que se reían de tí en un principio, despues te admirarán; mas si haces caso de ellos, darás mas materia á su risa.

30. Si llegas á agotar tus recursos para adquirir reputacion, ten por cierto que has perdido tu puesto: por esta razon conténtate en todo y por todo con ser filósofo, y si quieres ademas parecerlo, conténtate con parecertelo á tí mismo, y basta.

31. No te aflijas diciéndote á tí mismo. « Viviré sin honores y seré un hombre insignificante; » porque si el vivir sin honores es un mal, tú por obra de los demas no puedes sufrir otro sino la infamia. Ahora bien, ¿ está en tu mano el conseguir un mando, ó el ser admitido á una junta ó á un banquete? No ciertamente. Pues entónces, ¿ cómo puede provenir deshonor de estas cosas? ¿ Y cómo puede concebirse que seas un hombre insignificante y que no sirvas de nada sino en aquellas cosas que dependen de tí? — Mas tú dirás: « Mis amigos carecerán de mi ayuda. » ¿ Á qué llamas ayuda? No les darás dinero, ni les harás ciudadanos romanos; pero ¿ quién te ha dicho que estas cosas dependen de nosotros, y no de los demas? ¿ Quién puede dar á otro lo que él no tiene? — Á esto dirán los amigos: « Adquiere todo eso, como hemos hecho nosotros. » Si yo puedo hacer esa adquisicion conservando mis buenas costumbres y sin dejar de ser fiel y magnánimo, indicadme el modo de verificarlo, y le pondré en práctica; pero si exigís que yo me quede sin mis verdaderos bienes para que vosotros adquiráis cosas que no son bienes, sois unos indiscretos y poco razonables. ¿ Qué queréis mas, tener dinero, ó un amigo fiel y de buenas costumbres? Renunciad á esa pretension y no exijáis que yo haga cosas que me priven de mi verdadero mérito. — Pero, tú replicarás: « Si yo sigo tu consejo, y desprecio las cosas exteriores como extrañas, la patria no sacará de mí utilidad alguna. » ¿ Y cuál ha de ser esa utilidad? — « No tendrá por mí medio ni pórticos, ni baños. » ¿ Y qué importa esto? Á ella no la surte de zapatos el herrero, ni de armaduras el zapatero. Basta que cada uno ejerza su oficio. Y si tú formas para la patria otro ciudadano de buenas costumbres y fiel, ¿ no la sirves de algo? De mucho ciertamente. Luego tú mismo no la serás inútil, siendo tal. — Por último preguntará: « ¿ Y qué lugar ocuparé yo en la sociedad? » El que puedes ocupar siendo constantemente bueno y fiel. Y si queriendo ayudarla, te despojas de tales prendas, ¿ qué ayuda podrás darla cuando no tengas honradez, ni buena fe?

32. ¿ Ha sido alguno preferido á tí en un banquete, en una visita ó en haberle pedido un consejo? Si estas cosas son buenas, alégrate de

que él las haya obtenido, y si son malas, no te dé pena por no haberlas logrado. Reflexiona ademas que no haciendo lo mismo que él para poder alcanzar lo que está en nuestra mano, no puedes mostrarte digno de conseguir otro tanto. Y en realidad el que no frecuenta la casa de otro, ni le obsequia, ni le alaba, ¿ cómo puede ser tratado del mismo modo que el que hace todo esto? Sería una injusticia la tuya, y una extremada presuncion, sino pagando el precio á que se venden estas cosas, las quisiese obtener. Supongamos para mayor claridad que valga un sueldo un manojo de lechugas. Si alguno gastando dicho sueldo se llevase las lechugas, y tú no gastándole no te las llevases, no debes pensar que tienes ménos que el que se las ha llevado; porque así como este tiene las lechugas, tú tienes el sueldo que no has gastado. Lo mismo sucede en el caso de que habláramos. Es verdad que cierto sugeto no te ha convidado á un banquete; pero esto ha sido porque tú no le has pagado el precio á que vende su comida. Él vende esta á precio de alabanzas y de obsequios, por lo tanto si te tiene cuenta, págale dicho precio. Mas si pretendes tener parte en su convite, sin pagar lo que corresponde, eres un codicioso y un indiscreto. ¿ Y tú no conservas algo en tu poder en vez de dicha comida? Si, algo conservas. No alabaste al que no quisiste alabar, y no sufriste á su puerta la afrenta de esperar.

33. La naturaleza nos muestra sus fines en aquellas cosas que nos interesan. Por ejemplo, si el esclavo de un vecino tuyo rompe un vaso ú otra cosa cualquiera, tú dices inmediatamente: « Esto es una cosa que sucede todos los dias. » Ahora bien, cuando á tí se te rompe alguna cosa, debes mostrarte el mismo que en el caso anterior, y es menester aplicar un dicho semejante á cosas de mas importancia. Se le muere á otro un hijo ó la mujer: no hay uno que no diga: « Estos son lances de la vida. » Pero si á alguno de los que dicen esto sucede lo mismo, al momento empieza á exclamar: « ¡ Desdichado de mí! ¡ Qué desgracia! » Sin embargo, debia este acordarse de la impresion que le causó el mismo suceso cuando oyó que le habia acontecido á otros.

34. Así como no se coloca un blanco para no dar en él; del mismo modo el mal por su naturaleza no tiene existencia en el mundo. Si alguno entregase tu cuerpo á cualquiera que se le presentase, tú te indignarías ciertamente. Y tú, exponiendo tu propio pensamiento á otra persona, cuando esta te ultraja, si se turba y se confunde, ¿ no te avergonzarás de esto? En cualquiera accion considera sus progresos y consecuencias, y despues prepárate á ejecutarla. De otro modo la emprenderás con mucho afán sin pensar en su resultado, y despues descubriendo en ella alguna fealdad, te avergonzarás de ejecutarla.

35. ¿Quieres salir vencedor en los juegos olímpicos? Á fe mia que yo lo quisiera tambien,

porque esta es una cosa que honra. Pero piensa en las circunstancias que la acompañan y que la siguen, y despues acomete la empresa. Par llevar esta á cabo, debes sujetarte á un método riguroso, contrariar tu gusto en la comida, abstenerte de alimentos delicados, hacer ciertos ejercicios á horas determinadas, acostumbrarte á sufrir el frio y el calor, y no beber agua fresca, ni vino. Debes ademas entregarte como á un médico al director de los ejercicios y revolcarte en la arena de la liza, donde suele romperse un brazo, dislocarse un talon, tragarse mucho polvo y recibirse muchos palos, y despues de todo esto puedes salir vencido. Despues de considerar todo esto, entra, si te parece, en la palestra; de lo contrario agotarás tus fuerzas con movimientos inútiles y harás lo que los niños, los cuales ya remedan á los luchadores, ya á los atletas, ya á los gladiadores, ya tocan la trompeta y ya recitan tragedias. Del mismo modo tú ya serás espadachin, ya atleta, despues orador, y finalmente filósofo; pero con todo tu afán no serás nada, y á manera de mono estarás imitando todo lo que te parezca; ya te agradará una cosa, ya otra, sin poder hacer nada con advertencia y exacta circunspeccion, sino con mal éxito y con frialdad. No de otra manera algunos ven á un filósofo y oyendo que otro dice: « ¡ Oh! ¡ cómo habla Eufrasio! ¡ quién pudiera hablar como él! » quieren hacerse filósofos.

36. ¡ Oh hombre! considera primero las cualidades de la accion, y despues examina si tu propia naturaleza es capaz de ejecutarla bien. ¿Quieres ser atleta de las cinco pruebas, ó simple luchador? Pues observa bien la fuerza de tus brazos, la de tus hijares y la de tus lomos. Cada cosa se dirige naturalmente á un fin. ¿ Crees tú, dedicándote á esta profesion, poder comer y beber con libertad y hacer igualmente el desdénoso? Te es necesario velar, fatigarte, separarte de tus criados, ser vilipendiado por un siervo, y verte pospuesto á los demas en los honores, en los empleos, en los tribunales y en cualquier negocio. Examina si te conviene cambiar por estas cosas una vida tranquila, libre é imperturbable, sino procura no hacer como los niños, primero el papel de filósofo, despues el de recaudador de tributos, en seguida el de orador, y por último, el de procurador del César. Pero estas cosas son muy diversas entre sí. Á tí solo te conviene ser un hombre bueno ó malo. Necesitas cultivar ó el discernimiento racional, ó las cosas que están fuera de tí; emplear tu estudio en las cosas internas, ó en las externas; es decir, tener el carácter de filósofo ó de hombre plebeyo.

37. Nuestros deberes exigen que los apreciemos por medio de relaciones mutuas. ¿ Es este tu padre? Pues debes tener cuidado de él, obedecerle en todo y sufrir que te riña y te maltrate. — Pero dirás: « Mi padre es malo »; ¿ cómo ha de ser! La naturaleza no te ha unido con un buen padre, sino solo con un padre. ¿ Te

injurias tu hermano? Tú sin embargo conserva el lazo que te une á él, y sin hacer caso de lo que hace, procura obrar con arreglo á las leyes de la naturaleza. En realidad nadie te hará daño, si tú no quieres, y de este modo acostumbrándote á meditar las diferentes relaciones que median entre los hombres, hallarás cuál es el deber de un vecino para con otro vecino, el de un ciudadano para con otro ciudadano, y el de un capitán para con otro capitán.

38. El fundamento principal del culto debido á los dioses es el tener de ellos la idea exacta de que son unos seres que existen y gobiernan el universo con rectitud y sabiduría, y el creerte á ti mismo destinado á obedecerlos y á someterlos á los sucesos, secundándolos de buena voluntad, como que son producidos por una inteligencia perfectísima. De este modo no tendrás que hacer inculpaciones á los dioses, ni hablar mal de ellos porque no te atienden. Pero esto no es posible sino renunciando á las cosas que no están en nuestro poder, y haciendo consistir el bien y el mal solamente en aquellas que están en él, pues si tienes por buena ó mala alguna de las primeras, aun cuando no obtengas lo que quieras, ni tropieces con lo que aborreces, es necesario absolutamente que vituperes y odies aquellas cosas que las ocasionan. Como quiera que sea, todo animal es naturalmente inclinado á huir y abominar las cosas que le parecen perjudiciales y del mismo modo sus causas, y por el contrario busca y ama con trasporte las cosas útiles y las causas que las producen. No es, pues, posible que el que conoce que se le está haciendo daño se complazca con lo que tiene por perjudicial, así como no lo es que nadie se complazca en el propio daño. De aquí procede que el hijo injurie al padre, cuando este no le da alguna de las cosas que tiene por buenas. Polinice y Eteocles pelearon entre sí, con motivo de la idea que habian concebido de que la soberanía era un bien. Por lo mismo insultan á los dioses el labrador, el marinero, el mercader y el que pierde la mujer ó los hijos, pues estos hacen consistir la religión en aquello que les proporciona utilidad; y cuando cada uno puede arreglar sus deseos y su odio, segun le conviene, entónces se acuerda de la piedad. En cuanto á hacer libaciones, sacrificar y ofrecer primicias, ninguno obra segun las costumbres de su patria, con pureza, decencia y exactitud, y sin mezquindad, ni exceder sus fuerzas.

39. Cuando recurras á un oráculo, piensa que no sabes lo que tiene que suceder, sino que vas á que te lo revele el adivino. Pero si eres filósofo, antes de ir á ver á este, ya sabes las circunstancias del suceso, y si se trata de una cosa que no depende de nosotros, esta no es seguramente ni un bien, ni un mal. No lloves pues á casa del adivino ni deseo, ni aversion; de otro modo no puedes acercarte á él sino temblando. Mas persuádate de que cualquier cosa que haya de suceder es indiferente, y á ti

no te pertenece, y cualquiera que ella sea, depende de ti el hacer buen uso de ella, sin que nadie te lo impida. Acude, pues, con valor á los dioses, como para pedirles consejo, y si se te da alguno, piensa á quiénes tomaste por consejeros, y cuán digno de desprecio eres, si no los obedeces. Además se debe consultar el oráculo como quería Sócrates, es decir, sobre aquellas cosas cuyo exámen importa al suceso y de las que no se puede tener conocimiento por medio del raciocinio, ó de algun otro arte: así que cuando ocurra tomar parte en los peligros de un amigo, ó de la patria, no se debe preguntar al adivino si esto se debe hacer. Y aunque aquel te diga que las entrañas de las víctimas dan agüeros funestos, y que te pronostican la muerte, ó el destierro, todavía la razon aconseja que debes socorrer al amigo y exponerte á toda clase de peligros por la patria. Acuérdate de lo que hizo un adivino mayor, que fué Apolo Pitio, el cual echó del templo á uno que no socorrió á su amigo en ocasión que corría peligro de ser muerto.

40. Prescribete desde luego un método y régimen de vida para observarle, tanto cuando estés solo, como cuando te halles en compañía de otros.

41. Debemos guardar silencio en cuanto nos sea posible ó decir solo las cosas necesarias, y estas en pocas palabras. Alguna que otra vez, cuando la ocasion lo pida, podemos hablar mas extensamente, con tal que no sea de cosas comunes, como de gladiadores, de carreras de caballos, de justadores, de manjares, ni de bebidas, como se hace casi siempre. Sobre todo conviene guardarse de hablar de los hombres para vituperarlos, ó para alabarlos, ó para compararlos entre sí.

42. Con tu modo de hablar procura, si te es posible, encaminar los discursos de tus familiares á la decencia; mas si te encuentras rodeado de gente extraña, cállate.

43. No te rías á menudo, ni de muchas cosas, ni con exceso.

44. Rehusa en cuanto te sea posible el prestar juramento.

45. Excúsate de asistir fuera de tu casa á convites de personas vulgares, y si acaso las circunstancias te obligan á ello, procura guardar circunspeccion y no imitar las maneras de los plebeyos. Ten presente que cuando uno está sucio, no puede ménos de ensuciarse tambien el que se acerca á él, por muy limpio que esté.

46. Haz de las cosas pertenecientes al cuerpo solo el uso que pida la necesidad: dichas cosas son entre otras la comida, la bebida, el vestido, la habitacion y la esclavitud. Proscribe enteramente todo aquello que solo sirve para ostentacion ó delicadeza.

47. Consérvate todo lo mas puro que puedas de los deleites corporales antes del matrimonio, y si quieres gustarlos, hazlo del modo que permiten las leyes. No te muestres severo y eno-

jado con los que los usan, ni te jactes de que te abstienes enteramente de ellos.

48. ¿Te dicen que alguno habla mal de ti? Pues no te disculpes, sino responde: « El que ha dicho eso no sabia los demas defectos míos, sino, no hubiera hablado solo de este. »

49. No frecuentes los espectáculos; y si se te ofrece ocasion de ir á ellos, manifiesta que no te tomas empeño por otra cosa que por ti solo; esto es, desea que suceda solamente lo que sucede, y que quede vencedor exactamente el mismo que lo sea. Así no experimentarás ningun disgusto. Guárdate de dar gritos, de reírte y de descomponerte; y despues que salgas del espectáculo, no hagas largos discursos sobre las cosas que han sucedido en él y que nada contribuyen á tu perfeccion: de otro modo darás á entender que te has admirado de lo que presenciaste.

50. No vayas con mucha priesa y sin un justo motivo á oír las arengas publicas de algunos, y cuando lo verifiques, mantente grave y circunspecto, y no te muestres orgulloso, ni molesto á nadie.

51. Cuando tengas que hablar con alguno de los que ocupan un puesto elevado, considera lo que hubieran hecho Sócrates ó Zenon en tales circunstancias, y entónces no te faltará resolucion para hacer lo que te convenga.

52. Si vas á visitar á alguna persona de muchos negocios, piensa antes que tal vez no la encontrarás en casa, que estará encerrada, que te darán con la puerta en la cara y que no hará caso de tí. Y si á pesar de lo vergonzoso que es sufrir esto, te conviene verla, anda y aguanta todo lo que te suceda, y no digas interiormente: « No valia la pena; » porque esto es propio de un hombre vulgar y que solo atiende á las cosas exteriores.

53. En las reuniones familiares no hagas con frecuencia una prolija narracion de tus acciones y de los peligros que has corrido; porque si á ti te gusta el recordar tus riesgos, no es tan agradable á los demas oír tus aventuras.

54. Evita el excitar la risa de los demas, porque esta costumbre hace caer con facilidad en las bajezas de la plebe, y tiene tambien la propiedad de disminuir en tus familiares el respeto hácia tí.

55. Tambien es peligroso tomar parte en las conversaciones obscenas. Cuando esto suceda porque el caso lo pida, vuelve á la conversacion anterior; y si esto no puede ser, da á entender con tu silencio, con tu rubor y con tu semblante severo que aquel modo de hablar te desagrade.

56. Si ocurre á tu imaginacion el gozar de algun placer, ándate con mucho cuidado para no caer en algun extravío, haz que la accion espere tu resolucion, y en fin, procura ganar tiempo. Representa á tu pensamiento dos tiempos, á saber: el del goce y el del arrepentimiento ó de la inculpacion que puedas hacerte despues de haberle disfrutado: opon despues

á esto la alegría que experimentarás y las alabanzas que tú mismo te tributarás, si te abstienes de él. Y si te parece que la ocasion es oportuna para ello, procura no dejarte dominar de sus dulces y lisonjeros atractivos, y por el contrario considera cuánto mejor es poderte dar á ti mismo el parabien de haber alcanzado una completa victoria.

57. Cuando hayas juzgado que debes hacer una cosa, no te ocultes de los demas para ejecutarla, aunque el vulgo forme de ella un juicio diferente del tuyo. Si la accion es mala, no debes practicarla, y si es buena, ¿por qué has de temer que otros te la censuren injustamente?

58. Así como estas proposiciones *es de dia, es de noche* son exactas cuando se pronuncian separadas, y no lo son cuando se expresan juntas, del mismo modo en un convite el apropiarse una parte mayor que los demas, respecto al cuerpo estará bien; pero no lo estará respecto á la igualdad que debe usarse entre convidados. Por esto cuando comas en casa de otro, piensa no solo en lo que conviene á tu cuerpo entre los manjares preparados, sino tambien en lo que conviene al que te invitó.

59. Si te empeñas en representar en la sociedad un papel mas importante del que tus fuerzas permiten, ganarás poco honor con esto, y olvidarás el papel que habrias podido buenamente representar.

60. Así como al andar vas con cuidado para no pisar un clavo y no torcerte un pié, del mismo modo procede con detencion en todo para no causar perjuicio á la recta razon. Si tomamos esta precaucion en cada una de nuestras acciones, podremos emprenderlo todo con mayor seguridad.

61. El cuerpo de cada hombre es la medida de lo que posee, así como el pié es la medida del zapato. Si te acomodas á aquel, te mantendrás dentro de los debidos términos; pero si pasas adelante, caminas á un precipicio; como sucede con el zapato, el que si no te limitas á quererle adaptado el pié, le harás cubierto de oro, despues de púrpura, y finalmente todo bordado. La razon de esto es que todo lo que una vez sale de medida, no halla ya término.

62. Á las niñas, apenas llegan á catorce años, ya las llaman señoras los hombres. Por esto viendo que nada les importa mas que adquirir un marido, empiezan á adornarse pomposamente, fundando en ello todas sus esperanzas. Pero es menester hacerlas conocer que solo pueden hacerse estimables mostrándose modestas y vergonzosas.

63. Es señal de poco entendimiento el pensar únicamente en el cuerpo haciendo mucho ejercicio, comiendo y bebiendo demasiado y estándose en la cama muchas horas. Todas estas cosas se deben hacer con moderacion, consagrando al alma todos nuestros cuidados.

64. Si alguno te maltrata, ó habla mal de tí, péntrate de que él cree que le conviene obrar

ó hablar así, y que es natural que él siga mas bien su parecer que el tuyo. Pero si él forma un mal juicio, el daño será para él, porque se engaña. En efecto, si alguno toma por falsedad una verdad complicada, esta no recibe ningun daño, sino el que se engañó. Por esto debes usar de moderacion con quien te ultraje y decir cuando hables de él: « Tal es su opinion. »

65. Todas las cosas pueden tomarse por dos lados: tomándolas por el uno, son soportables, y por el otro no. Si un hermano te ultraja, no le consideres por la parte del ultraje, porque por este lado no es soportable, sino considéralo por la parte que presenta un hermano, una persona que se ha criado en tu compañía, y así le podrás soportar.

66. No son racionales exactos lo siguientes: « Yo soy mas rico que tú, luego soy mejor que tú. Yo soy mas elocuente que tú, luego soy mejor que tú. » Pero si lo son estos: « Yo soy mas rico que tú, luego mi hacienda es mejor que la tuya. Yo soy mas elocuente que tú, luego mi discurso es mejor que el tuyo. » En efecto, tú no eres ni la hacienda, ni el discurso.

67. ¿Se lava alguno de priesa? No digas que se lava mal, sino de priesa. ¿Bebe otro mucho vino? No digas que bebe mal, sino que bebe mucho. En efecto, antes de haber formado tu opinion, ¿cómo puedes decir que obran mal? Si procedes de este modo, nunca darás asenso á ideas diversas de las que hayas abrazado con seguridad.

68. No digas en ninguna parte que eres filósofo, ni hables á menudo entre gente vulgar de máximas filosóficas; en vez de esto practica lo que enseñan dichas máximas. Por ejemplo, en un convite no digas cómo se debe comer, sino come como se debe. Ten presente que el mismo Sócrates aborrecia la ostentacion. Llegábase á él algunos suplicándole que los recomendase á algun filósofo, y él nunca tenia inconveniente en complacerlos. ¡Con tanta resignacion llevaba el que le pospusieran á cualquiera otro!

69. Del mismo modo si se suscita conversacion sobre alguna máxima especulativa entre personas idiotas, guarda silencio mientras puedas, pues es muy peligroso arrojar lo que no se ha digerido. Y si alguno te dice que no sabes nada, y sin embargo este no te obliga á hablar, es señal de que has empezado á sacar fruto de tu filosofía. Los ganados no muestran á los pastores la yerba que han comido devolviéndola, sino que despues de haberla digerido, le dan la lana y la leche. Igualmente tú debes no manifestar al vulgo tus doctrinas, sino tu modo de obrar, que proviene de haberlas estudiado bien.

70. Aunque hayas acostumbrado tu cuerpo á la frugalidad, guárdate bien gloriarte de ello, y si bebes solamente agua, no lo digas á cada instante. Si quieres acostumbrarte al trabajo y á la tolerancia, hazlo para bien tuyo, y no para

manifestarlo á los demas. No seas de los que abrazan las estatuas, y cuando tengas mucha sed, toma en la boca un poco de agua fresca, y despues échala fuera sin manifestar disgusto.

71. Es carácter especial de las personas ignorantes el no mirar nunca el bien y el mal sino en las cosas exteriores, al paso que el del filósofo es considerar á uno y á otro en sí mismos.

72. Hé aquí las señales del filósofo, y las cosas de que saca partido. El filósofo no vituperá, no alaba, no reprende, ni acusa á ninguno: ni habla de sí como si fuera de alguna importancia, ó supiese algo. Si encuentra en cualquier cosa algun obstáculo ó inconveniente, no se echa la culpa á sí mismo; si ve que le alaban, se rie interiormente del elogiador, y si advierte que le censuran, no se defiende. Procede en todo como los convalecientes, procurando no hacer uso de sus débiles fuerzas hasta que se hayan restablecido. Aparta de sí toda especie de deseos: toma solo aversion á las cosas contrarias á la naturaleza de lo que está en su poder: modera todos sus apetitos naturales. Si le tienen por loco ó ignorante, no se cuida de ello. En una palabra, se guarda de sí mismo, como de un enemigo ó de un traidor.

73. Si alguno se jacta de entender y saber interpretar los libros de Crisipo, dí para tí: « Si Crisipo no hubiese escrito con oscuridad, aquel no tendria de qué jactarse. ¿Y yo, qué pretendo? Entender la naturaleza y seguir sus preceptos, por eso busco quien me los explique, y habiendo oido que el que puede hacer esto es Crisipo, acudo á él. Pero no entendiéndole, tengo que buscar quien me le interprete. Hasta aquí no hay nada de particular. Despues que he encontrado quien me le interprete, resta que yo ponga en práctica sus preceptos, esto es lo único que importa, pues si me contento con admirar dicha interpretacion, ¿qué soy sino un gramático, debiendo ser un filósofo? La diferencia está en que en lugar de haber interpretado á Homero, interpreté á Crisipo. Si, pues, alguno me dice: « Léeme á Crisipo, » tengo motivo para avergonzarme, no pudiendo mostrar hechos conformes con sus palabras. »

74. Observa estos preceptos como otras tantas leyes y como si fuese una impiedad el quebrantar uno de ellos. Y si los demas hablan de tí, no alteres su marcha, pues no está en tu mano el cerrarles la boca.

75. ¿Hasta cuándo dilatarás el adornarte de buenas cualidades y el no traspasar en nada lo que dicta la recta razon? Ya has comprendido las máximas que te conviene abrazar y ya las has abrazado. ¿Qué preceptor esperas para encomendarle la enmienda de tu vida? Ya no eres joven, sino hombre maduro. Por lo tanto si vives en la indolencia y en el ocio, añadiendo siempre dilaciones á dilaciones y propósitos á propósitos, y dejando para mañana el atender á tí mismo, no sacarás provecho alguno de tu filosofía y continuarás siendo un hombre vulgar toda tu vida. Ea, pues, determinate á vivir

como un hombre maduro y que progresa continuamente. Ten por ley inalterable lo que te parezca mejor. Si se te pone delante alguna fatiga ó deleite, alguna gloria ó deshonor, piensa que entras en la palestra, que se te ha abierto la carrera olimpica, y no es lícito detenerse. Con un solo acto de valor ó de bajeza se pone en salvo ó se pierde todo lo adelantado. Sócrates llegó á ser tan perfecto sacando partido de todas las cosas y dando oídos solamente á la razon.

76. El primero y mas importante tratado de filosofía es el de las doctrinas prácticas, por ejemplo, que no se debe mentir. El segundo el de las demostraciones, como por qué no se debe mentir. Y el tercero el que confirma ó distingue semejantes pruebas, v. gr., ¿de dónde proviene que esta sea una prueba? ¿Qué es una prueba, una consecuencia, una oposicion, una verdad y una falsedad? Es fácil conocer que el tratado tercero es necesario para la perfeccion del segundo, y el segundo para la del primero; pero este es el mas importante y al que debemos atenernos. Sin embargo, nosotros hacemos lo contrario de lo que debemos, es decir, nos limitamos al tercero, y empleamos en él todo nuestro estudio sin pensar en el primero. De aquí proviene que mentimos á pesar de tener siempre presentes los medios de probar que no se debe mentir.

77. Conviene en todo tiempo repetir las siguientes palabras: « ¡Oh Júpiter, y tú, Destino, ayudadme á llegar al término que me habéis prescrito! yo os seguiré de buena voluntad, pues si no lo hiciese, sería un malvado y un pusilánime; y aun así tendria que seguirlos. »

78. Y estas otras: « ¡Qué sabio é inteligente en las cosas divinas es el que se conforma en un todo con lo que dispone el Hado! »

79. Y por último, las siguientes: « ¡Oh Criton! Sea esto así, si lo quieren los dioses. Anito y Melito pueden quitarme la vida; pero no me pueden hacer otro daño. »

Hé aquí aquella filosofía que en sentir de muchos que la juzgan de ligero, pasa por muy rigurosa, siendo así que por el contrario, se reduce á prescribir la indiferencia, no para obrar, sino para sufrir. Por consiguiente, ordena que no nos cuidemos de las cosas externas, que no aumentemos nuestra propia infelicidad, que nos conformemos con el destino en vez de querer luchar con él, y que no deseemos ni amemos nada, evitando así el dolor de perder algo. Esta condicion del alma no parece necesitar las fuerzas heroicas de los tiempos antiguos, sino que le basta la indiferencia del nuestro. Probémoslo.

§ 19. TABLA DE CÉBES (1).

Paseando con algunos amigos en el templo de Saturno, vimos entre un gran número de

(1) Este discurso se atribuía á Cébes de Tébas, discípulo de Sócrates; pero ya se sabe que pertenece á Cébes de Cicio, el último de los estoicos despues de los Antoninos.

ofrendas hechas al dios una tabla en la cual habia una pintura que representaba cosas tan extraordinarias, que ninguno podia comprender qué significaban, y si habian dibujado en ella una ciudad ó un castillo. En efecto, veíamos un espacio cercado de murallas, que abrazaba otros dos recintos, uno mas estrecho que otro. En el mas ancho habia pintada una puerta delante de la cual se hallaba reunido un gran número de personas, y detras de ella una multitud de mujeres; sobre la misma puerta habia un viejo que parecia mandar algo á las personas que entraban por ella.

Empezamos á preguntarnos unos á otros qué significaba aquella pintura, sin que nadie pudiese dar una respuesta satisfactoria, y hubiéramos permanecido mucho tiempo en nuestras dudas, si no hubiese venido hácia nosotros un hombre grave por su edad y su aspecto, llamado Sofrónimo, el cual conociendo por nuestros ademanes la confusion que reinaba en nuestros ánimos, se ofreció con mucha cortesía á sacarnos de ella y á instruirnos, hablando así:

— No es extraño, señores, que estéis confusos mirando esa pintura, y que no la sepáis interpretar, porque muy pocos hay, aun entre los habitantes del país, que sean capaces de hacerlo. El que colgó esa tabla en este templo ya hace muchos años fué un forastero, hombre de mucha prudencia y sabiduría, de pocas aunque instructivas palabras, de conducta sabia é irreprochable, y discípulo, segun su método de vida, de Pitágoras y de Parménides.

— Á un hombre de tan raras cualidades ¿le habréis tal vez conocido y tratado particularmente?

— No con mucha familiaridad, porque entónces era yo todavía niño; pero tuve muchas veces ocasion de admirarme de su saber oyéndole hablar de cosas muy elevadas, y conservando en la memoria todo lo que decia continuamente sobre esa tabla.

— Si no tenéis otra ocupacion mas importante, ¿queréis explicárnosla, pues deseamos con ansia entenderla?

— Con mucho gusto. Pero antes debo advertiros que el oír su interpretacion ofrece para vosotros un gran peligro.

— ¿Y cuál es?

— Es que si oyendo las cosas que os voy á decir, empleáis toda vuestra atencion con el fin de imprimirlas bien en el fondo de vuestras almas y de valeros de ellas en las ocasiones, llegaréis á ser prudentes y felices; mas si no lo hacéis así, desgraciados de vosotros! Todo el curso de vuestra vida será una completa locura, un cúmulo de calamidades y de desgracias, un conjunto de ignorancia y de todo género de males.

— La interpretacion de esta tabla ¿es semejante al enigma de la Esfinge?

— Exactamente: así como el que descifraba este quedaba salvo en tanto que el que no sabia interpretarle era muerto por el monstruo; del

mismo modo el que de la explicación de esta tabla no sabe sacar una luz para caminar con seguridad por medio de las tinieblas de esta vida mortal, experimenta una suerte parecida. En ella veréis expuesto á los ojos de vuestro entendimiento todo lo que es bueno, todo lo que es malo, y todo lo que ni es bueno ni malo en la vida, y si vuestra insensatez no os deja discernir, vosotros mismos seréis las víctimas. Y una desventura tan deplorable no será momentánea para vosotros, como era para los míseros caminantes el ser devorados por la Esfinge por no haber sabido interpretar su enigma, sino que durará todo el tiempo que viváis sobre la tierra para atormentaros como aquellos que están condenados á eternos suplicios. Pero si sabéis adquirir la mencionada luz, es cierta vuestra salvación, porque desapareciendo vuestra necedad, toda vuestra vida será dichosa. Así que prestadme toda vuestra atención y oídme con el mayor cuidado posible.

— Ofreciéndonos tal premio, ¿quién de nosotros no estará atento á vuestra interpretación? Todos nosotros seremos solo oídos para escuchar vuestras palabras y ojos para seguir el movimiento de esa varita con que mostráis querernos indicar las diversas partes de este admirable objeto de la curiosidad común.

— Voy á complaceros. ¿Véis este recinto?

— Sí, le vemos.

— Pues sabed ante todas cosas que se llama Vida, y la multitud que observáis delante de la puerta, indica todos aquellos que han de entrar en ella. El viejo que véis sobre el umbral, que tiene en la mano izquierda una hoja de papel extendida y con la derecha señala no sé qué, se llama Genio. Este manifiesta á todos los que entran lo que deben hacer para gobernarse en la vida y por qué camino se han de dirigir para hacerse dignos de la salvación.

— ¿Por qué camino los dirige, y de qué modo?

— ¿Véis cerca de la puerta por donde entra la multitud un trono en que está sentada una mujer de agradable aspecto, de facciones al parecer graciosas y que tiene un cáliz en la mano? Esa es la Lisonja, que seduce y engaña á todos los mortales, á los cuales apenas respiran el primer soplo de vida, los induce á beber en aquel cáliz el error y la ignorancia de que está lleno. Después de haber tragado tan venenosa bebida, entran en la vida.

— ¿Y ninguno se exime de beberla?

— Ninguno, si bien unos beben mas y otros ménos. Ahora observad aquí poco detras de la puerta un gran número de mujeres públicas de diverso aspecto. Estas se llaman Opiniones, Deseos inmoderados, Deleites sensuales. En cuanto entra alguno, se le acercan, le abrazan ofreciéndose á ser sus guías, le llevan consigo.

— ¿Y adónde le llevan?

— Todas prometen guiar á los hombres á la felicidad, á la vida dichosa; pero el mayor número de ellas los engañan para matarlos:

ellos embriagados con la ignorancia y el error que les dió á beber en el cáliz la seductora Lisonja, no sabiendo cuál es el verdadero camino que debe seguirse en la vida, andan errantes de aquí para allí como ovejas descarriadas, y se internan en aquellos senderos que les indicaron las referidas mujeres.

— En efecto, se ven muchos que parece han entrado en el recinto, y que caminan sin dirección fija. ¿Y quién es aquella mujer que como si fuera ciega y loca marcha sobre una piedra redonda?

— Esa se llama Fortuna, y no solo es ciega y loca, sino tambien sorda.

— ¿Y cuál es su oficio?

— El imperio ciego y desordenado de semejante monstruo se extiende por todo el mundo habitado, en el cual á uno roba los bienes y á otro se los prodiga, tal vez para quitárselos poco despues; y todo esto con inestabilidad é indiscreción admirables. Bien nos muestra su carácter el verla colocada sobre aquel inestable globo de piedra.

— De esto se debe deducir seguramente que los dones de la Fortuna son muy inciertos y caducos, y que no se debe fiar de ellos el que no quiera experimentar las mayores calamidades y la mas espantosa miseria, ¿Y quiénes son, amabilísimo Sofrónimo, aquellos que la rodean? ¿Y qué pretenden?

— Esos son otros tantos hombres inconsiderados, entre los cuales no hay uno que no espere de la Fortuna algo que le sirva para perderse.

— ¿Y por qué se nota tanta variedad en sus semblantes, pues unos pocos están alegres y los demas tienen un rostro muy triste y los brazos extendidos hácia ella?

— Los que están risueños y alegres son aquellos que han recibido algun favor de la Fortuna: estos dicen que es buena. Los otros que lloran y extienden las manos hácia ella, ó no han recibido nada, ó les quitó las cosas que ántes les habia dado: estos dicen que la Fortuna es mala.

— ¿Debemos nosotros tener por muy estimables las cosas por cuya adquisición se alegran tanto algunos, y por cuya pérdida se entristecen tanto los otros?

— No lo creáis, no; aunque á tales cosas acostumbren mirar como bienes la mayor parte de los hombres.

— ¿Y qué bienes son estos?

— Las riquezas, la gloria, la nobleza, los hijos, los reinos y otras cosas semejantes.

— Pero estos ¿no son verdaderos bienes?

— Ya hablaremos de eso á su tiempo: por ahora no interrumpiremos la explicación de la pintura. Observad el segundo recinto mas arriba, ¿no véis aquellas mujeres que están fuera de él y que se distinguen por sus adornos cortesanos?

— Sí, las vemos.

— Pues bien, entre ellas esta se llama In-

nuevos deseos, será conducido á la verdadera Ciencia, si bien puede tambien serlo á la falsa.

— ¿Para qué?

— Para que si abraza aquella opinion que guia á la verdadera Ciencia, se lave, limpie y haga heredero de la Salvación, de la Bienaventuranza y de la eterna Felicidad.

— Pero ¿y si se deja engañar ó persuadir nuevamente de la falsa opinion?

— ¡Ah! ¡Cuánto mayor es este nuevo peligro para el hombre!

— ¿Queréis por favor enseñarnos cuál es la que habéis llamado falsa Ciencia?

— Observad fuera del tercer recinto sobre el umbral de la puerta que da entrada á él aquella mujer que se pasea orgullosa, haciéndose la amable, y tan afectada en sus adornos y ademanes. Esa es la Ciencia falsa, á la que toman por verdadera la mayor parte de los hombres, especialmente el vulgo. A esta vienen á parar los que tienen deseo de salvarse y de llegar á la verdadera Ciencia.

— ¿No hay por suerte otro camino que conduzca á la verdadera Ciencia?

— Sí, le hay.

— Estos que por el recinto se van alejando de la senda recta, ¿quiénes son?

— Hombres engañados con los halagos de la falsa Ciencia y enamorados enteramente de ella, los cuales llegan á creer que se hallan entre los brazos de la verdadera.

— ¿Cómo se llaman esos?

— Poetas, oradores, dialecticos, músicos, aritméticos, geómetras, astrónomos, libidinosos, peripatéticos y críticos: entre ellos se encuentran todos los que piensan mas en el cuerpo que en la perfección del alma.

— ¿Qué significan aquellas mujeres que van corriendo á agruparse en torno de todos los que acabáis de nombrar, y se parecen á aquellas entre las cuales indicásteis la Incontinencia?

— Son exactamente las mismas que habéis visto en el otro recinto y significan lo mismo.

— ¿Se encuentran tambien aquí?

— Precisamente; pues no hay lugar, edad, ni condicion á que no se presenten los mismos vicios; y ningun viviente se verá libre de la insensatez, de la opinion, ni de los demas males, si ántes no ha rechazado la falsa Ciencia y entrado en la senda recta, si no se ha hecho amigo de las virtudes purificadoras, y si no ha desterrado de su alma los vicios en que estaba encenagado, las opiniones, la ignorancia y otras cosas igualmente feas.

— Después de haber alcanzado la victoria sobre tantos enemigos ¿quedará el hombre salvo y puro?

— Efectivamente, pues cualquiera que sea el trato que tenga con la Ciencia falsa, no le causará daño, ni las cosas poco há mencionadas le traerán perjuicio.

— ¿Cuál es el camino que conduce á la verdadera Ciencia?

continencia y las demas están haciéndola compañía: todas están mirando á aquellos que han recibido algo de la Fortuna para presentarse en seguida delante de ellos, acariciarlos, abrazarlos, y adulándolos hacer que se entretengan con ellas; con este fin juran hacerles pasar una vida muy agradable, libre de fatigas, de incomodidades y de fastidio. Á la verdad parece dulce en extremo la conversacion de estas mujeres mientras dura el incentivo en los hombres y en ellas el atractivo hechicero; pero al fin todo se cambia, y volviendo en sí el hombre, al salir de su letargo conoce que no ha encontrado tanto deleite como daño, y que por causa de aquellas infames se ha acarreado el desprecio y la afrenta, si es que ellas no fueron las primeras en vituperarle y burlarse de él.

— ¡Qué crueldad! ¿Mas qué sucede cuando el hombre ha disipado con aquellas mujeres indignas todo lo que habia recibido de la Fortuna?

— Entónces no solo se ve condenado á servir á sus tiranas y á sufrir por causa de estas la mayor vergüenza y toda clase de pérdidas, sino que tiene que entregarse al latrocinio, al sacrilegio, al perjurio, á la traicion, á la violencia y á otras infamias semejantes, hasta que faltándole todo, es condenado á sufrir un justísimo castigo.

— Ciertamente si el castigo ha de ser proporcionado á su insensatez y criminales obras, no será ligero.

— Así es, y en prueba de ello mirad detras de aquellas figuras una puertecita que conduce á una caverna tenebrosa y estrecha, habitada por mujeres horribles y sucias, entre las cuales se pueden distinguir la que se llama Castigo y tiene un azote en la mano, la Tristeza que tiene la cabeza escondida entre las rodillas, y la Cólera que se está arrancando con rabia los cabellos.

— ¿Quién es aquel espectro tan disforme, macilento y desnudo que está allí retirado cerca de las Furias de que acabáis de hablar, y aquella arpía pálida que tanto se le asemeja?

— El primero es el Duelo, y la otra su hermana la Aflicción. Arrojado el hombre insensato á esta caverna, está condenado á hablar solo con ellos y á ser atormentado por los mismos hasta que sea precipitado al abismo de la Infelicidad, del que están desterradas todas las acciones buenas y en donde se hallan reunidas todas las malas para emponzoñar con todo género de miserias el resto de su vida.

— ¿Y no hay esperanza de salvación para este infeliz?

— No: á ménos que no se refugie en el albergue de la Penitencia y del saludable arrepentimiento.

— ¿Y puede entónces esperar algun alivio?

— Si se acoge á ese albergue, se verá libre de las desgracias indicadas, é imprimiéndosele en el corazón otra opinion é infundiéndosele